



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 28 DE SEPTIEMBRE DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La angustia desanimada

¿QUÉ ES EL AMOR?

OLGA DE LEÓN G.

Amor es el motor de la vida. Es lo que mueve a los seres humanos a vivir y compartir sus vidas con los demás. Con aquellos a quienes llaman “seres queridos”. Amar es un privilegio del que gozamos todos. Es lo que nos hace vibrar y tener sentimientos altruistas y únicos por quien o quienes amamos. Especialmente, primero por nuestra familia, por nuestros padres, los abuelos y los hermanos. También por los tíos, primos y sobrinos.

Entre los tipos o clases de amor, tiene lugar distintivo la persona de quien nos enamoramos y que no es aún parte de nuestra familia. También amamos a los niños, a los ancianos y a las personas desvalidas o que carecen de una relación intrínseca con nosotros. De igual manera podemos amar a los que nada o casi nada tienen, y nos inspiran a ser protectores y darles ayuda en la medida de nuestras posibilidades y según sus necesidades. Luego, igual podemos amar a los que nos ayudan en el camino y los necesitamos para cumplir con nuestro precepto de amor hacia los demás.

El amor nos ennoblece y define nuestra condición de humanos. Pero, acaso, sabemos en realidad amar, ¿sin imponer nuestro criterio ni invadir la privacidad y libre determinación del otro? ¿Cómo es el amor? Francamente, no lo sé. Para mí, es más sencillo sentirlo que definirlo. O contar una historia que pueda ejemplificar qué es el amor.

¿Pero, de qué estoy hablando? Amar en tiempos de intereses, competencias, debates, pleitos por el poder, “guerras de poder”. A quién o quiénes les interesa el amor. Ahora lo comprendo, nada es lo que parece, ni nadie somos “quién”, para hablar de amor en un mundo que no lo conoce, donde todo tiene precio, nada es gratuito.

Y, sin embargo, el amor está vivo, sigue existiendo en los corazones que saben su valor, no su precio.

POEMA AL AMOR

(ELEGÍA SIN METRO NI RIMA, SOLO EMOCIÓN)

OLGA DE LEÓN G.

“Cultivo una rosa blanca”,
mi rosal sigue floreciendo
porque lo riego con agua
que cae del cielo,
cuando las nubes lloran
diamantes cristalinos
cual si fueran tristezas que me embar-
gan
y ciegan mi mirada, ante tu olvido.

Hace muchos años, cuando era pequeña, supe que muchos me amaban o decían quererme mucho. Y, yo igual o más, los amaba a todos. Hasta el día en que descubrí que el amor no era gratuito, cobraba una cuota alta por permanecer siempre igual y en el mismo sitio. La cuota se pagaba en efectivo y en el mismo instante en que se otorgaba o, se recibía amor.

Un día -mientras dormía- tuve un sueño extraño que me quitó la tranquilidad con la que vivía y disfrutaba de la



vida. Soñé que en todo el mundo no existía un solo ser que realmente supiera lo que era el amor. Por lo mismo, todos vivían en el engaño de creer que amaban a alguien y que eran bien correspondidos. Lo cual supieron cuando se les presentó la oportunidad de recibir -en definitiva- el amor de su ser amado, a cambio de entregarle a él o ella, cuanto poseían en bienes materiales. ¡Oh!, decepción. Pues algunos, naturalmente tuvieron dudas (y fueron los que actuaron de forma más inteligente): no entregaron sus bienes; rompieron el lazo de “amor”. Otros, crédulos e ingenuos, lo dieron todo: a cambio de nada, pues su amor se fue, ¡voló!

En fin, el amor -como dice una canción- es una cosa esplendorosa; que también puede ser fatal y espantosa, especialmente para algunos ingenuos que son entolochados con comidas pletóricas de yerbas, entre ellas, romero, toloache y otras... el que las degusta seguro será víctima de los deseos de la mujer u hombre que le haya cocinado aquel platillo... Eso dicen las malas y las buenas lenguas. Yo no sé nada al respecto, pero sí sería de las que duda...

Y, ¿el amor hacia las cosas, situaciones o hechos vividos?, ¿qué pasa con eso? También puede decirse que: ¿es amor, deseo, obsesión, costumbre, o qué es? Nuestras rutinas, por ejemplo, ¿son actos de amor, de costumbre o de determinación y voluntad propia, por tenerlas de tal o cual forma? Tampoco sé. Yo, como el sabio Sócrates, “solo sé que no se nada”. Entonces, para qué me metí en este embrollo: Escribir sobre el amor... Sabrá Dios...

Me gusta lo difícil y buscarle tres pies al gato, aunque sepa que tiene cuatro. Creo que se deba a ese afán contradictorio, que es tan mío, y que se me agudizó con los estudios de Filosofía y mi intención de no tener una creencia ni teoría como la única y la mejor del mundo. Tampoco soy ecléctica, quisiera ser conciliadora; pero, (siendo honesta, como lo soy) estoy muy lejos de ser una auténtica

persona conciliadora. Me encanta poner a pensar y que cada uno logre una respuesta.

PISTOLAS DESINTEGRADORAS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El contrincante era imaginario. Así jugábamos cuando éramos niños, combatíamos contra monstruos y enemigos que vivían en nuestra imaginación. Ciertamente, tienen una representación visual: a veces los copiamos de alguna película o serie televisiva que hemos visto, o de historias que heredamos de nuestros padres. Enfermedad pura. Desconocimiento profundo de la realidad.

Durante mi niñez, las películas famosas eran las de la saga de “Las Guerras de las Galaxias”, de George Lucas. Recuerdo haber visto el episodio V, “El Imperio Contraataca”, en el cine. Probablemente fue en 1980 o 1981. La primera película de la serie, el Episodio IV, había sido producida cuando yo tenía tres o cuatro años, así es que no la vi en pantalla grande, sino años después, en televisión, a mediados de los ochenta, luego de haber visto la segunda de la serie. Como otros niños, me volví fanático de la historia. Mi héroe era Luke Skywalker. ¿Quién diría que Han Solo brillaría al menos igual, al final de cuentas?

Cuando mi Padre nos llevaba en el viejo Beatle, a toda la familia a Laredo, Texas, yo le pedía me comprara los muñecos de plástico de la película. Logré coleccionar una cantidad considerable de personajes, los cuales guardaba en una caja negra, con forma de la máscara de Darth Vader. Nunca tuve alguna de las naves; pero sí un sable de plástico que con pilas brillaba en verde y producía un sonido similar al que se escuchaba en las películas cuando las espadas eran agitadas en combate por los caballeros Jedi. También tuve una perrita dálmata a la que le pusimos por nombre: Jedi. Lo pronunciábamos como su nombre se lee en

español.

Había un par de amiguitos de cuadra, quienes eran hermanos y que cuando jugábamos a las Guerras de las Galaxias, eran los droides R2-D2 y C-3P0, pero les decíamos Arturito y Citripio. Eran sus nombres castellanizados, al menos, en todo el país.

Nunca tuve alguna de las armas de fuego de la saga, en su forma de juguete, y menos las pistolas desintegradoras de los universos expandidos. Uno crece y la fantasía infantil se acaba. Y comenzamos a fantasear con otras cosas, a veces con verdaderas armas de fuego y enemigos ganados o gratuitos, no en la imaginación, sino en la realidad.

Mis fantasías pasaron del juego infantil a la creación literaria y musical. Escribí mis propios intentos de: obras de teatro y sonatas para piano. Luego, la fantasía pasó a ser la dichosa ciencia económica, el modelaje matemático y econométrico. Entré al mundo de los libros de los economistas y en la ilusión de encontrar soluciones a los problemas económicos más apremiantes, como el crecimiento del ingreso nacional y la reducción de la pobreza.

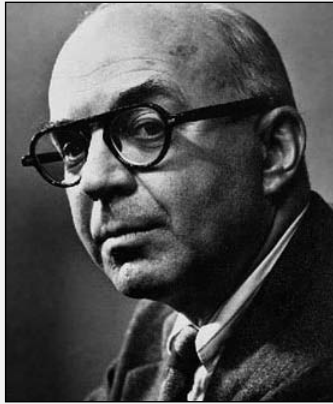
Pasaron los años y la ilusión de la creación artística volvió: música clásica, poesía, memoria, novela, cuento y ficción flash; fotografía en blanco y negro, a color, pintura acrílica sobre tela y técnicas mixtas sobre papel; video y guiones de cortometraje. Y ahí va uno extendiendo los intereses a medida que el tiempo pasa. Algunas cosas se van soltando en el camino y luego se recuperan. El tiempo para recordar lo ya aprendido: es menor que el requerido para el primer aprendizaje.

Volviendo al mundo de las ilusiones, cabe destacar que la de jugar con las pistolas reales suele ser parte de la misma ilusión infantil, pero ahora durante la adultez: pasar por encima del otro, saberse poderoso, descargar la furia acumulada, hacer florecer la semilla que alguien depositó en nosotros para la revancha. Es prueba de que hay algo, en este universo, que realmente desconocemos. Una ley que ignoramos existe, pero que siempre está operando: la poesía.

Es un privilegio crecer en una casa donde hay literatura, donde la alta cultura se valora, porque solo así se entienden los mensajes del universo, los más importantes. Y es un asunto muy desafortunado crecer en un hogar donde lo más importante siempre fue el dinero, el cómo volverse rico y acumular materia. Es una lástima, pero ese individuo, al día: tiene el alma podrida para entender lo que viene.

Es así como la realidad se planta ante nosotros. Parecería que hay un destino y no lo podemos cambiar. No podemos salir de la trampa. Son inmortales aquellos quienes lo logran. ¿El problema? Recorrer un camino ya andado no lleva a ningún lado, solo a una pared que es imposible saltar. Ni vendiendo ilusiones ricas en otras ilusiones, se llega al sueño dorado.

Siento decirlo, pero es la verdad: El triunfo y el fracaso, mundanos, son dos impostores que pertenecen a la misma ilusión.



John Dos Passos

(John Rodrigo Dos Passos, Chicago, 1896 - Baltimore, 1970) Narrador estadounidense, miembro destacado de la llamada «Generación perdida», heterogéneo grupo de autores en que suele incluirse a poetas como Ezra Pound y novelistas como Ernest Hemingway y F. Scott Fitzgerald. John Dos Passos se hizo célebre sobre todo por Manhattan Transfer (1925), obra que, con su visión panorámica y objetiva de la ciudad, encabezó una importante corriente urbana de la novela contemporánea.

Nieto de un zapatero portugués e hijo ilegítimo de un abogado, fue educado en el hogar materno. En 1917 se graduó en la Universidad de Harvard, donde conoció a intelectuales vinculados al grupo “estetas de Harvard”. Durante la Primera Guerra Mundial fue conductor de ambulancias en el frente francés, experiencia que le proporcionó material para su novela Iniciación de un hombre: 1917 (1920). Siguió a ésta Tres soldados (1921), con la cual alcanzó el reconocimiento de la crítica por su amargo antihelicismo.

Ambas obras se inscriben en la temática característica de la Generación perdida: aunque se defiende al individuo en rebelión, se acaba condenándolo al fracaso. Pero en 1925 publicó su monumental Manhattan Transfer, que por su peculiar estructura abrió una nueva manera de escribir y de entender la ciudad: como un organismo poderoso y en cierto sentido autónomo de los seres que la habitan.

Esta narración está conformada por fragmentos que no parecen tener relación entre sí, y que pertenecen tanto a la propia trama como a documentos de la época (por ejemplo, titulares de prensa o canciones populares). La novela relaciona múltiples caracteres a primera vista independientes, pero que agrupados en un contexto configuran una polifacética dimensión. Manhattan Transfer enmarca una visión del Nueva York de principios del siglo XX abandonando el tradicional análisis caracteriológico o psicológico de los personajes por una indagación más sociológica y colectiva.

Los seres que habitan la metrópoli son casi intrascendentes, convencionales, y apenas poseen talante novelístico en el sentido corriente, pero son sustituidos paulatinamente por otro personaje más abarcador: la propia ciudad de Nueva York, cuya vida transcurre a través de coristas, obreros, amas de casa, políticos, estafadores o triunfadores. Todo ello mediante escenas muy breves, en bloques compactos y rápidos que se graban en el lector por su alta plasticidad y el hondo realismo o incluso naturalismo, según ciertos críticos implícito en ellas.

La técnica es casi cinematográfica, como si en vez de la conciencia subjetiva del narrador fuera el ojo objetivo de la cámara el que registrara los acontecimientos, procedimiento que con acierto se denominó “cámara-ojo”. Algunos episodios del relato pueden parecer aislados, pero luego se desarrollan inesperadamente, rasgo que configura las estructuras aleatorias y combinatorias de la narrativa norteamericana posmoderna. Una perdurable metáfora, en definitiva, sobre el protagonismo deshumanizado de los crecientes monstruos urbanos.

Un proyecto ulterior, la trilogía USA, tendría semejantes objetivos, aunque no alcanzó la intensidad insuperable de Manhattan Transfer. La trilogía se propuso abarcar no la ciudad, sino todo el país, en las novelas que la componen: Paralelo 42 (1930), 1919 (1932) y El gran dinero (1936).

En este ambicioso proyecto, Dos Passos expresó buena parte de la filosofía de la historia que habían compartido los intelectuales de su país durante el período de 1920 a 1940. Ya en 1926 había publicado artículos políticos con una visión más bien de izquierda; sin embargo, a partir de 1930 se fue decepcionando hasta devenir un conservador nacionalista, nostálgico de una especie de pasado mítico de Estados Unidos, que intentó recuperar en sus novelas y ensayos posteriores. Pero tales obras no alcanzaron (con excepción de sus memorias, Años inolvidables) la calidad e importancia de sus ciclos urbanos.

ad pèdem literae

No le evitéis a vuestros hijos las dificultades de la vida, enseñadles más bien a superarlas

Louis Pasteur

Letras de buen humor

Duda siempre de ti mismo, hasta que los datos no dejen lugar a dudas.

Louis Pasteur

Elmer Mendoza

Navaja verde o negra, cuentos de Mara Romero

Todos los cuentos de Mara Romero que forman Navaja verde o negra crecen cuando pensamos en la cantidad de mujeres que viven el infierno de las prisiones de nuestro país. “Mi corazón es tan frágil que se muere a diario”. Cada historia de este libro, publicado por Penguin Random House con el sello Suma, en abril de 2025 en México, se desarrolla en los límites de la vida y la muerte, la esperanza y la derrota, las paredes de una celda y el patio donde pasan lista. Claro, algunos empiezan en las calles, las carreteras o habitaciones donde no entra la luz por las ventanas.

“Matar y morir no es tan difícil como se cuenta”, expresa Mara Romero, que nació en Sonora en 1962. Mara es poeta, sin embargo, en este libro deja constancia de que es una gran cuentista, capaz de capturar y expresar con intensidad el patetismo de la vida y las condiciones que definen el momento en que alguien acepta que nació para perder. Navaja verde o negra es un canto a la rabia, a la vida aciaga donde varias mujeres reconocen que están heridas del corazón, del cuerpo y del alma. Cada historia es un gajo negro de una fruta que fue olvidada

por la sociedad de todos los tiempos. Sus personajes son prisioneras, antes o después de caer. El desgarramiento que provoca la nula convivencia con los hijos, las define; algunos son niños que llevan a la prisión en un féretro para el último adiós, un adiós que ninguna madre, por dura que haya sido su vida, quiere dar. “Gritaba como un animal herido, como alguien a quien están quemando viva”. Se ve y se siente la miseria, el abuso, el error y el testimonio ineludible de que nadie es perfecto.

Mara Romero imparte talleres de literatura y danza en el penal de Ciudad Obregón. Entrega parte de su vida a las prisioneras para que comprendan que no son desechos humanos. Cada una podría, si se empeñan, recuperar su dignidad, vencer la tentación de cometer delitos, sobrellevar una vida sin emociones. Cada narración le dará a usted una idea de lo que hablo; de cómo muchas veces la esperanza se cambia de ciudad sin avisar. “Para olvidarte de quien eres, hasta comer mierda es bueno”, dicen en el CERESO, y eso da una idea de los conflictos que viven los personajes de cada cuento. Digamos que no es fácil contar el



dolor real, ese que desintegra el alma y todo lo vuelve frágil. Romero, con una prosa muy cuidada, lo consigue.

En Navaja verde o negra encontrará usted virtudes difíciles de lograr, sobre todo cuando se trabaja con un estilo limpio como lo hace Mara, dejando que los personajes palpiten, se expresen, nos compartan la crudeza de sus vidas. Es un realismo lacerante, que deja en claro que las prisiones para mujeres requieren de una revisión a fondo, con una actitud humanista real, ese humanismo que no tiene adjetivo y que rescata el sentido de la vida sin detenerse en la historia de las

personas. Romero pone ante nosotros a personajes que merecen una oportunidad. Como narradora se mueve libremente por el universo del delito en que las razones de las mujeres para quitarle la vida a un abusón, son posibles. La manera en que las presenta la sonorenses, indica que tienen derecho a existir, a vivir con sus hijos y salvarlos del laberinto aterrador que habitan. Cada mujer de este libro es un sueño truncado. La narradora nos comparte el convencimiento de que no se deben dejar solas. Una mujer en prisión sigue siendo una mujer con derecho a la vida. Ya me dirán qué piensan.